

El debate sobre la identidad nacional en Italia

Ernesto Galli della Loggia

A quien no haya ido a Italia desde hace un par de años y pise hoy su suelo después de haber estado allí otras veces en el pasado le llamaría la atención una pequeña novedad: en todos los edificios públicos -escuelas, ministerios, ayuntamientos- flamea la bandera nacional, por supuesto junto a la de azul y estrellas de la Unión Europea. y hay más: hace un par de semanas todos los observadores extranjeros notaron con cierta sorpresa que nuestro nuevo presidente de la República, Carlo Azeglio Ciampi, en la ceremonia de toma de posesión delante del Parlamento, no pronunció ni una sola vez la palabra «Resistencia» y tampoco hizo referencia al Antifascismo como ideología esencial de la República Italiana.

Si es que de las pequeñas señales se dejan entrever los grandes cambios y la llegada de un nuevo elima histórico, pues bien, creo que éste es el caso.

Las pequeñas señales a las que me refiero indican -**1a** primera de forma más evidente, la segunda de manera indirecta- que en Italia se vuelve a hablar del tema de la identidad nacional, tanto por parte de la opinión pública como por parte de los representantes de la cultura de nuestro país: este redescubrimiento constituye la causa y, a la vez, el efecto de un importante trabajo de revisión y reconsideración de los hechos históricos sucedidos en la península a lo largo de este siglo.

La historiografía, pues, ha desarrollado un papel central en la discusión sobre la identidad nacional, pero no se debe a ella la paternidad de su redescubrimiento. Sin embargo, su contribución ha sido fundamental, sobre todo porque ha elaborado coordinadas específicas para

el caso italiano, a pesar de que, en el fondo, la misma historiografía ha aprovechado de un general *esprit de temps* favorable a las temáticas nacionales.

No quiero detenerme en un análisis de este *esprit de temps* ni en los motivos que, a partir de los años sesenta, han ocasionado en toda la cultura occidental el surgir, cada vez más evidente, de temas y cuestiones relacionados con el problema de la identidad. De hecho, habría que enfocar el papel cada vez más importante que han adquirido las cuestiones de las *minorías*, del *género* y de la *etnicidad*; habría que hablar de la progresiva pérdida de hegemonía por parte de las grandes ideologías políticas de masa que dominaron el mundo tras la Segunda Guerra Mundial, igual que de la crisis del modelo industrial-keynesiano y de sus capacidades de agregación social; habría, en fin, que hablar demasiado y de demasiadas cosas.

Sin embargo, limitándome a un análisis de la situación italiana y a la perspectiva que más nos interesa, es decir, la histórico-historiográfica, tal vez sea correcto comenzar por los primeros síntomas de aquella transformación en el clima cultural de la que he hablado poco antes. Estos síntomas se advierten, en mi opinión, ya desde los años setenta; en aquellos años atormentados llegaron a manifestarse las primeras señales de crisis de un orden político y simbólico-cultural que se remontaba a la «Resistencia» y que, justo en ese período, estaba tocando el punto más alto de rigidez ideológica en las fórmulas y en la praxis del «compromesso storico» y del «arco costituzionale»: los pmlidos italianos, de hecho, tuvieron que adoptar esta estrategia para hacer frente a la tormenta civil producida por las protestas estudiantiles, por las grandes inquietudes sociales y por el terrorismo.

Sin duda, la crisis del marco político-ideológico tradicional salido de la Resistencia se define, en los años setenta, también en términos historiográficos: me refiero, por ejemplo, a la llamada «historiografía de clase», que se coloca a la izquierda del Partido Comunista y que se dedica sobre todo a criticar su ambiguo camino «togliattiano», a la vez «democrático» y «filo-soviético», además de subrayar la continuidad entre el Estado fascista y el Estado post-fascista.

Sin embargo, no son ni los historiógrafos ni los sociólogos, sino los autores que gravitan en otros campos, quienes entienden mejor el sentido más general y profundo de la crisis que se manifiesta en Italia en los años setenta y que marcará la década sucesiva. Es en particular en el trabajo de estos autores que mejor se puede distinguir el sufrimiento

de Italia como nación y el sentido general -problemático o incluso dramático, según los casos- de sus vicisitudes históricas comparadas con las de los difíciles años setenta.

En aquel período se publican tres libros (*In questo Stato*, de Alberto Arbasino, *Lettere luterane* y *Scritti corsari*, de Pier Paolo Pasolini) donde empieza a percibirse con nitidez un perverso enredo entre crisis institucional, mutaciones antropológicas modernizantes, persistencias y transformaciones que están llevando el país, todo el país, hacia una historia totalmente distinta de la imaginada y deseada hasta entonces.

y es en las páginas de un libro de Alberto Asor Rosa, *Scrittori e popolo*, publicado algunos años antes, que se pone en duda por primera vez -POR lo menos en lo que respecta a la historia literaria y cultural- aquella contraposición entre derecha e izquierda en la que se funda la vida política italiana.

Sin embargo, la fortísima ideologización de naturaleza política impide que en ese momento estas ideas sean recogidas por la historiografía.

A lo largo de los años setenta el problema de la identidad nacional de Italia pasa prácticamente desapercibido: su ausencia se ve favorecida por la escasa consideración de la que goza en este período la historia política o aquella historia llamada política en sentido despectivo.

Una ausencia parecida se nota incluso en la historia del «Risorgimento», donde la monumental biografía de Cavour, escrita por Rosario Romeo y publicada en cinco volúmenes a lo largo de los años setenta, constituye un caso aislado. En este sentido no es ninguna casualidad que aquellos años no produjeran ninguna historia general de Italia. Las únicas excepciones, además de la obra de Giorgio Candeloro, que abarca tres siglos de historia y que, sin embargo, no se puede considerar como perteneciente a los setenta, puesto que fue empezada en los sesenta y llevada a cabo en los ochenta, están constituidas por la *Storia d'Italia dall'Unita a oggi*, de Giampiero Carocci (1975); por *L'Italia liberale, 1861-1900*, de Raffaele Romanelli (1979), y, sobre todo, por la *Storia d'Italia*, en diez volúmenes, publicada bajo la dirección de Ruggiero Romano y Corrado Vivanti por la editorial Einaudi. No cabe duda de que el tema central de la *Storia d'Italia* de Einaudi es el problema nacional italiano, es decir, la cuestión de los caracteres históricos primitivos de nuestra península y de las peculiares dificultades para llegar a ser un Estado unitario. Sin embargo, tampoco cabe duda -como se enuncia abiertamente en la introducción- de que ese conjunto de problemas sigue siendo conceptualizado y desarrollado según el para-

digma ideológico-cultural postbélico, es decir según la perspectiva «gramsciana», que hasta aquellos años había dominado la escena de los estudios de historia contemporánea en nuestro país. Hay que destacar, además, que la misma corriente «gramsciana» constituye el núcleo más sólido y culturalmente fecundo de un paradigma historiográfico más general de carácter antifascista, con el que, en cierto sentido, llega a coincidir.

Aquí es necesaria una advertencia: con la expresión «paradigma antifascista» no se entiende solamente una orientación político-ideológica adversa al fascismo y propia de una postura sinceramente democrática, sino la sustancial equiparación de la democracia con el comunismo: un planteamiento ideológico digno de un Frente Popular que en Italia se ha mostrado el único capaz de desarrollar, a la vez, dos funciones: por un lado, proporcionar a la República una base de legitimación política más amplia; por el otro, encontrar una justificación unitaria a las vicisitudes históricas del Estado italiano, desde su nacimiento hasta la proclamación de la República, pasando por la hegemonía moderada, el «transformismo», los orígenes del socialismo y el fascismo.

Para que pueda empezar una profunda reflexión sobre el tema de la identidad nacional —y más aún, para que este problema se vuelva a plantear con vigor— hay entonces que esperar hasta que el paradigma antifascista pierda fuerza y credibilidad, sobre todo en algunos puntos-clave, como la reconstrucción unitaria y «providencial» de la historia nacional.

y es precisamente lo que sucede en los años ochenta, cuando los estudios históricos italianos llegan a cambiar de forma radical la imagen del nexo Fascismo-Resistencia.

Este objetivo se realiza a través de distintos trayectos de investigación —desde el estudio sobre los aparatos culturales fascistas de Mario Isnenghi e Gabriele Turi al trabajo de Emilio Gentile sobre las relaciones del fascismo con los nuevos rituales y las nuevas simbologías políticas de matriz religiosa del '900, hasta las aportaciones de Nicola Gallerano sobre el período sucesivo al 8 de septiembre de 1943 y sobre la gente que no conoció la Resistencia— que, sin embargo, convergen en un punto, es decir, el abandono de un énfasis sobre la naturaleza de clase del fascismo, y al mismo tiempo, la relevancia atribuida a su ambigua y multiforme relación con las vicisitudes italianas de este siglo. Gracias a estos estudios entonces el fascismo pierde su connotación de virtual «anti-historia» de Italia, en el sentido de pura y simple aventura reac-

cionaria, llegando a integrarse en la atormentada, pero unitaria historia del país. Se cumple, pues, la que puede llamarse, con razón, la «nacionalización historiográfica del fascismo».

Quiero subrayar, a costa de repetirme, que esto no pone en discusión el juicio ético-político de condena del régimen; simplemente, el cambio de orientación historiográfica lleva consigo el cambio de interpretación y juicio históricos. Este aspecto, de hecho, resulta más evidente de tener en cuenta las dos obras que, en mi opinión, suponen el punto de llegada para esta dirección historiográfica: la grande biografía de Mussolini realizada por Renzo de Felice y el libro de Claudia Pavone sobre la Resistencia, publicado en 1991.

No hace falta detenernos en la importancia que ha tenido la lectura documentaria —y no solamente ideológica— del fascismo, conducida por De Felice. En cuanto a Pavone, su obra tiene el mérito de vislumbrar en la Resistencia una verdadera guerra civil, además de enfocar de manera no convencional la multiplicidad de motivos y sentimientos que animaban las dos Italias enfrentadas la una a la otra.

Este trabajo, que he definido de nacionalización historiográfica, se ha demostrado necesario para volver a presentar, con luz distinta, el problema de la identidad nacional.

En los ochenta se asiste a una lenta, pero constante maduración del tema nacional en la historiografía italiana, como comprueban dos obras entonces publicadas. La primera, *L'italiano*, de Giulio Bollati (1983), no se puede considerar un texto histórico en el sentido estricto de la palabra. Su subtítulo, *Il carattere nazionale come storia e invenzione*, de hecho, indica con suficiente precisión cuáles son los temas en los que el autor se mueve: desde la literatura a la sociología, desde la cultura hasta cierta antropología. Lo que más interesa a Bollati es «individuare il carattere degli italiani», entendiendo por «carattere» la imagen de sí que la nación trató de enseñar durante el proceso de unificación y en los sucesivos compases históricos, algo que, de alguna manera, trasciende la historia, configurándose como carácter esencial de lo italiano y que permite, según la opinión de Bollati, explicar ese peculiar fenómeno que es el «transformismo», mecanismo político obligado por las exigencias de un país moderno y remedio perverso de frágiles posturas intelectuales. Es a través de estas reflexiones, pues, que la historiografía política se acerca al tema de la identidad desde una perspectiva de larga duración, en la que el elemento nacional adquiere una particular relevancia. Lo mismo se puede decir del segundo

texto al que hacía referencia, es decir, *L'Italia nuova*, de Silvio Lanaro (1988), libro que lleva el subtítulo *Identità e sviluppo, 1861-1988*. También Lanaro subraya «la crucialità del problema del costume» para mostrar cómo la modernización industrial del país no haya producido una consecuente nacionalización de las masas. La causa de este fenómeno sería entonces de buscar en la ausencia de modelos eficaces de modernidad en la cultura de las clases dominantes, ausencia comprobada, en su opinión, por la falta de cultura del Estado. El último capítulo del libro lleva un título que pocos años antes hubiese sido inimaginable, *Senza più patria?*, cuyo sentido se refleja en las palabras del mismo Lanaro: «Il senso dell'appartenenza nazionale si è attenuato fin quasi a sparire» (p. 222). El discurso de Lanaro está plagado de referencias históricas concretas; sin embargo, resulta significativo el frecuente uso de categorías etno-antropológicas asociadas a la de «identidad nacional»: si esta identidad en Italia no ha sabido encajar con «i ritmi spontanei del moderno e raccogliere gli impulsi di questo» —concluye el autor— esto se debe a «un difetto di costume leopardianamente inteso».

Tanto el libro de Bollati como el de Lanaro son la espía del abandono, por parte de la historiografía más sensible, de los paradigmas interpretativos más tradicionales y de sus igualmente tradicionales puntos de referencias ideológicos y políticos. Este abandono se evidencia definitivamente al principio de los noventa con la virtual rotura del entero sistema político italiano tras la caída del muro de Berlín y después de la investigación judicial de «Mani Pulite», que determina el fin de la hegemonía democristiana y la desaparición del Partido Socialista.

Dadas las nuevas condiciones del espíritu civil, la categoría de «identidad nacional» experimenta una decisiva ampliación conceptual no solamente por obra de la historiografía, sino sobre todo gracias a la politología y a otras ciencias sociales. Si acaso, se puede afirmar que los historiadores contemporáneos intervienen en un segundo momento para enfocar los problemas históricos que quedan implícitos en esta ampliación conceptual. Del análisis de los factores de larga duración relacionados con el «costume», el «carattere» y la cultura italiana se pasa, pues, a examinar el problema de la legitimación del sistema político: en este proceso juega un papel especial la categoría de «civicness», indagada por primera vez por Robert Putnam en el libro *La tradizione cívica nelle regioni Italiane* (1993), que reúne en sí los sentidos de espíritu y de cultura cívica.

Tras el período comprendido entre 1989 y 1992 la profunda crisis del sistema político institucional se extiende inevitablemente también al antifascismo y al anticomunismo, es decir, a los fundamentos, el primero de las instituciones republicanas, el segundo del sistema político propiamente dicho. No hace falta detenerse en la consideración que después del '89 el anticomunismo, principal aglutinante de la Democrazia Cristiana, se ha vuelto inservible. Sin embargo, tras esa fecha, incluso la legitimación antifascista aparece cada vez más como una legitimación lejana en el tiempo, inactual, después de que el fascismo desapareciera medio siglo antes y sobre todo demasiado contradictoria y parcial.

En particular empieza a parecer problemática —y de hecho se convertiría dentro de pocos años en motivo de importantes discusiones— la relación entre el antifascismo y la legitimación otorgada al sistema político-institucional. Los temas de Nación y de Estado-Nación conocen un especial florecimiento en el escenario europeo gracias al fin de la Unión Soviética y de un mundo bipolar. Esto vale sobre todo para aquellos países, tanto del este como del oeste europeo (Italia y Alemania de forma más destacada), que, como consecuencia de la derrota en la Segunda Guerra Mundial y/o de la instauración de un régimen comunista, se vieron obligados en su momento a renegar públicamente su dimensión nacional o, por lo menos, a rodearla de mil sospechas.

Así pues, empezando por la *Historikerstreit* —que significativamente tiene en nuestra península una difusión y una resonancia sin comparación con los demás países europeos— el problema del pasado histórico, de la relación entre ello y la nueva identidad democrática y la cuestión del nexo entre identidad nacional y democracia vuelven de extrema actualidad. En el caso de Italia, además, la falta de espíritu nacional a soporte del régimen democrático parece encontrar una clamorosa ratificación en el repentino surgir, en las elecciones de 1992, de un nuevo partido, la *Lega Nord*, que detrás de una violenta polémica anticentrista impregnada de populismo xenófobo contra «Roma ladrona» plantea —no se sabe cuánto en serio— la amenaza secesionista. En aquella ocasión la *Lega* consigue en la Cámara de los Diputados el 8,6 por 100 de los votos y 55 escaños (de los 630 totales): en las regiones más prósperas del país —Piamonte, Lombardía y Véneto— llega incluso a ser el segundo partido.

El éxito de la *Lega Nord*, junto a «*Mani Pulite*» y a la desaparición del comunismo y del partido que en Italia llevaba su nombre, constituye

la señal más evidente del final de un ciclo histórico del que es posible entonces trazar panorama definitivo.

No es ninguna casualidad que entre 1991 y 1993 se publiquen hasta tres historias generales de Italia a partir de 1945: el libro de Pietro Scoppola, significativamente intitulado *La Repubblica dei partiti. Profilo storico della democrazia italiana (1945-1990)* (1991); la *Storia dell'Italia repubblicana*, de Silvio Lanaro (1992), y, finalmente, de Aurelio Lepre la *Storia della Prima Repubblica. L'Italia dal 1942 al 1992* (1993), donde la expresión de matriz periodista «Prima Repubblica» llega a ser oficialmente una definición y escansión cronológica historiográficamente acreditada.

El libro de Scoppola es el que, tanto en las premisas como en las conclusiones, parece, de forma más profunda, dirigir su enfoque hacia la dirección que nos interesa. La democracia italiana, escribe el historiador católico, nació y se desarrolló a pesar de un fuerte déficit de cultura cívica debido, por un lado, a la «cultura della rivoluzione», y por el otro, a la «assenza storica di uno sfondo religioso della sfera politica». «La cittadinanza in Italia» -continúa el autor- «è una nozione giuridica, priva di quella valenza sociologica, culturale e morale, che ha assunto in altri paesi», como demuestra precisamente la escasa «coscienza di un'identità nazionale». Es interesante -ya que este tema ocuparía un gran espacio en las discusiones de los años siguientes- recordar una de las razones que, según el propio Scoppola, hacen difícil en Italia «la coscienza di un'identità nazionale», es decir «l'uso politico della storia». De hecho, este uso -como comprobaría precisamente el debate sobre la identidad nacional- parece encontrar en Italia un terreno de aplicación especialmente amplio y un tono particularmente exasperado, y esto es el efecto, por un lado, de la adhesión a ideologías y partidos políticos (muy fuerte y difusa en la cultura italiana); por el otro, del relieve central que ya a partir de 1861 tuvo en la historia política italiana el problema de que algunas fuerzas políticas no pudieran gobernar el país; esta exclusión, que se fundaba esencialmente en razones de tipo histórico, podía (y puede) ser confirmada o rechazada precisamente gracias a la historiografía.

Ya he dicho cómo al redescubrimiento del tema de la identidad nacional se acompañó en Italia el manifestarse de una grave crisis institucional y una fuerte deterioración no solamente de la imagen de la vida pública del país, sino de su propio tejido social. Los grandes escándalos (P2, Banco Ambrosiano, Fondi Iri, soborno de las cumbres

del cuerpo de aduaneros), la persistencia del terrorismo, la aparición de una criminalidad organizada cada vez más violenta y capaz de infiltrarse en la esfera pública, la paralización degenerativa de muchos poderes públicos hicieron de los años ochenta un importante terreno de incubación. El derrumbe del sistema político entre los años 1992-1993 parece en cierto sentido como la conclusión de lo que había madurado en la década precedente.

Todo eso ha conducido a profundos cambios en la opinión pública: algunos han llegado a considerar de menor importancia que antes la pertenencia política y en general la pertenencia a los partidos y a una visión ideológica de la vida colectiva e institucional. Al mismo tiempo, ha contribuido a enfocar la atención sobre los problemas de la moralidad pública, del sentido del Estado, de la legalidad, de la eficiencia de los poderes públicos y de la administración.

A su vez, este desplazamiento de interés ha sido marcado de una forma más evidente por el contemporáneo, inevitable, interrogarse sobre las causas que habían conducido la democracia republicana italiana a una situación aparentemente tan negativa. ¿Tal vez no se podía vislumbrar en este resultado la doble acción de factores de larga duración de carácter antropológico-cultural-identitario y de factores históricos que, sin embargo, se referían a una historia (contemporánea) escandida y conceptualizada en forma nueva? Y ¿por qué no según nuevos *principia individuationis*? (Como, por ejemplo, cierta propensión al transformismo o al régimen por parte de la esfera política; la relación entre obligación civil y obligación política; los nexos entre poder local y nacional; el papel desempeñado por parte de los intelectuales, los caracteres «laicos» o «religiosos» de la movilización política.)

No quiero decir que en la categoría de «identidad nacional» han confluído hoy en día todos estos temas. Sin embargo, no cabe duda de que en su acepción concreta, que se desarrolla a través de los estudios y las investigaciones, la cuestión de la «identidad nacional» parece situarse espontáneamente en un terreno entre la historia de la cultura y de las representaciones culturales y sociología, antropología, ciencia política, historia social, historia política.

Desde la «fiesta de la nación», estudiada por Ilaria Porciani, a las fiestas populares locales de época fascista, investigadas por Fabio Cavazza, pasando por la historia de la burguesía italiana, descrita por Alberto Banti, y los mitos del Resurgimiento durante la Italia liberal, examinados por Levra y Baioni, hasta llegar a los «stereotipi di casa

nostra» analizados por Loredana Sciolla, a las cuestiones relativas a la democracia y a las élites del ensayo de Lorenzo Ornaghi y Vittorio Emanuele Parsi, todos estos estudios, además de muchos otros que se podrían citar, me parece que demuestran, en cierto sentido, cómo la historiografía *sic et simpliciter* represente y haya representado un punto de llegada, más que de salida, para el «descubrimiento» del tema de la identidad nacional.

En este nuevo clima cultural, pues, la historia política se ha hecho cada vez más política, es decir, estrictamente ligada a las peculiaridades de la esfera política (mecanismos de representación y mediación, capacidad para simbolizar y obtener consenso, aptitud para gobernar la sociedad); al mismo tiempo, sin embargo, las preguntas a las que tiene que dar una respuesta afectan ámbitos aparentemente muy lejanos.

Cian Enrico Rusconi recorre una trayectoria que desde las ciencias sociales y la politología conduce a la historia: el politólogo, autor de dos libros, *Se cessiamo di essere una nazione* (1993) y *Resistenza e posifascismo* (1995), tuvo el mérito de concentrar temas y problemas que desde hacía mucho tiempo circulaban en la atmósfera cultural del país y de proyectarlos al centro del debate.

La nación es necesaria a la democracia, pero en Italia algo ha obstaculizado una relación fecunda entre las dos. La República quiso tener, como mito de fundación y como principios de su legitimación, la Resistencia, que, sin embargo, jamás pudo representar una matriz de integración cultural común a todos los ciudadanos, ni consiguió fundar «un'identità comune di fatto coincidente con l'appartenenza nazionale». La falta de esta identidad común habría sido confirmada, según Rusconi, por nuestra «incapacità di "narrare" in modo critico e solidale insieme, la vicenda che ci ha riconfermato "nazione" nel momento in cui rifondava su nuove basi la democrazia».

Sin embargo, más que a una abstracta incapacidad de narrar «In modo critico e solidale» la historia nacional, las páginas de Rusconi —al menos en lo que se refiere a la Resistencia— remiten a motivos históricos concretos en los que, además, el propio autor se detiene: motivos que hasta hoy han impedido que la Resistencia desempeñara su papel de vínculo nacional. En las tesis de Rusconi aparecen unas contradicciones de fondo: por un lado, se afirma que la Resistencia representa, y debe representar, el punto central del «riconoscimento di una storia comune», de «un'identificazione collettiva» en la que se pueda basar el «senso di identità» de la nación democrática; por

otro lado, se subrayan muchos aspectos controvertidos de la historia de la propia Resistencia.

Pasemos, pues, a analizar este material: la relación entre Resistencia y Aliados, caracterizado por una fortísima desconfianza recíproca; el ambiguo papel desempeñado por el «Comitato di Liberazione Nazionale» hacia el gobierno legal y sus divisiones internas, jamás resueltas; la diferencia de objetivos políticos generales entre las fuerzas que componían el CLN y, consecuentemente, la imposibilidad, después del final de la guerra, de que se formara un «gobierno de la Resistencia». Como se evidencia, el *punctum dolens* no parece consistir, como Rusconi repite continuamente, en el hecho de que la Resistencia, por su carácter de guerra civil, ha dejado en el país una «memoria divisa», sino en el problema que la realidad histórica de los acontecimientos no pudiese, a raíz de su radical y evidente contradicción, inspirar una auténtica memoria nacional.

De hecho, el esfuerzo de Rusconi consiste, por un lado, en hacer posible lo que nunca fue posible, y por otro, quiere ser una respuesta en el campo historiográfico y politológico a la cuestión que entre los años ochenta y noventa, en el clima de «fin de régimen», domina en el país: es decir, si el antifascismo (y la Resistencia), que la República ha siempre considerado y proclamado como su piedra de fundación, no tenga también una parte de responsabilidad en la fragilidad del edificio público y político italiano. Y además, si en la península aún tiene sentido la identificación/equivalencia entre antifascismo y democracia que durante medio siglo ha impregnado progresivamente la ideología oficial y que la cultura (incluso la historiografía) ha aceptado siempre como principio indiscutible.

Esta pregunta es precisamente la que se pone el máximo estudioso italiano del fascismo, es decir, Renzo de Felice, en una entrevista concedida al *Corriere della Sera* en el otoño de 1990, que causó un gran revuelo. Las opiniones de De Felice siempre han suscitado un fuerte y general rechazo, sin olvidar que, en su opinión, también la disposición «transitoria» de la Constitución, que prohíbe la reconstitución del partido fascista, no tendría razón de existir; sin embargo, sus ideas tuvieron el mérito, al menos en mi opinión, de poner un especial acento en tres elementos importantes de la historia política italiana: en primer lugar, la fuerte falta de cultura democrática en el Partido Comunista, que sus planteamientos antifascistas habían contribuido a ocultar; en segundo lugar, la ya citada contradicción entre la legitimación anti-

fascista del sistema institucional italiano y la legitimación anticomunista del sistema político fundado en 1948, con la consecuente posibilidad de deslegitimar el segundo y de sus protagonistas de gobierno en nombre del primero (lo que ha ocurrido a menudo y no solamente gracias al PCI), y finalmente, el carácter encerrado, «consociativo», de la democracia italiana, en el que la adhesión al Cnl termina por convertirse en una especie de carnet de afiliación obligatorio.

El sentido global de las aserciones de De Felice -ampliadas en los años sucesivos a través de punzantes consideraciones críticas sobre los acontecimientos entre 1943 y 1945- consistía en la idea que, en el momento crucial de nuestra historia, ni el antifascismo ni la Resistencia habían representado realmente la solución a la crisis histórica del Estado nacional italiano, producida por la derrota militar en la Segunda Guerra Mundial. Como se afirmaría en otros estudios orientados hacia la misma dirección (por ejemplo en el trabajo *La morte della patria* de Galli della Loggia), aquella crisis se debía considerar aún abierta, no resuelta, y además, había que reconducir a su presencia, sobre todo en forma de mutilación/pérdida de la soberanía, muchas de las sombras que habían afligido la vida democrática italiana (desde los numerosos complots subversivos a las «desviaciones» de los servicios secretos y a la fuerza de la hegemonía americana sobre los aparatos culturales del país).

Resulta evidente, ya a primera vista, el alcance de estas tesis, que ponían en tela de juicio aquellos títulos de «legitimación nacional» cuyo monopolio pertenecía a los partidos antifascistas a raíz de los acontecimientos de 1943-1948. Además, las tesis de De Felice parecían poner en duda la propia legitimidad del acceso a una posición más importante (tanto en el sistema político como en el gobierno del país) por parte de aquellas «masas populares» que habían sido excluidas antes por la solución resurgimental y sucesivamente por la dictadura fascista.

No importa que esta puesta en discusión fuera de naturaleza historiográfica, ya que, como prueba de la fuerte dependencia que el sistema político italiano (y sus ideologías) presentaba hacia una peculiar interpretación de la historia nacional, importantes y amplios sectores de la opinión pública y de la cultura, que se identificaban con aquel sistema y con aquellas ideologías, participaron activamente en el ruedo, acusando la historiografía -llamada en seguida «revisionista»- de cualquier tipo de fechorías. Delitos que, sin embargo, resultaban siempre

de naturaleza política y fundados en la interpretación en clave política actualizada de juicios sobre acontecimientos ocurridos hacía sesenta o setenta años; la historiografía «revisionista», según sus acusadores, habría tenido el propósito de poner el fascismo y el antifascismo al mismo nivel y de deslegitimar la izquierda por un ciego «furor anti-comunista» (véase Mario Isneghi, «La mémoire divisée des Italiens», en [italé. *La question nationale*, núm. 89, Herodote, 1998).

Sin embargo, si esto parece ser un inevitable peaje que la historiografía italiana debe pagar a la historia del país, afortunadamente el debate interno puede servir para desarrollar nuevos estudios y nuevas investigaciones.

A partir de las discusiones que acabamos de mencionar las investigaciones se han dirigido hacia dos direcciones. Por un lado, se ha centrado la atención en algunas fuerzas de la Resistencia distintas a las izquierdistas (por ejemplo, los cuerpos militares), es decir, en la Iglesia y en los católicos; en general, se trata de aquellos sectores de la sociedad italiana —la llamada «zona gris» con el fenómeno del «attesismo»— que se quedaron a la espera y prefirieron no participar en el enfrentamiento abierto entre fascistas y antifascistas, abrazando, pues, una interpretación nacional más sumisa, más metida en la vida de cada día y en lo «vivido», pero, al mismo tiempo, destinada a jugar un papel relevante con sus orientaciones. Por lo que respecta a la verdadera Resistencia, en cambio, los estudios más interesantes parecen ser los que en el intento de comprender con precisión el estado de ánimo de las poblaciones, no proponen una interpretación ideológica, centrándose más bien en las matanzas cometidas por los alemanes en Italia, sin olvidarse del papel desempeñado por las fuerzas partisanas y de la imagen que ellas mismas dejaron en las zonas de combate (Pezzino, Battino, Contini); por otro lado, cabe destacar también los trabajos en los que el enfoque está dirigido hacia las explosiones de violencia que se produjeron, a partir del famosísimo episodio de Piazzale Loreto, a lo largo de las semanas y de los meses sucesivos a la liberación del país, y que cobraron muchas víctimas entre los fascistas, pero también entre personas totalmente ajenas a la Guerra Civil (Bermani, Ranzato, Storchi).

A través de todas estas investigaciones, al igual que a través de las revisitaciones de algunos momentos fundamentales para la nueva democracia italiana (me refiero, por ejemplo, a las consideraciones de Scoppola acerca del 25 de abril y de la «Costituzione contesa», o la

considerable publicación de los verbales del Consejo de los Ministros -por aquel entonces único órgano legislativo del país- entre el 25 de julio de 1943 y la mitad de abril de 1948) se constituye un panorama mucho más enfoscado y problemático de la identidad nacional italiana posbélica y de su crisis.

Sin embargo, opino que a medida que transcurren los años el clima de áspero enfrentamiento sobre este tema se va mitigando cada vez más. Asimismo, se va difundiendo la conciencia de la dificultad de metabolizar una Guerra Civil y del peso negativo ejercido por el fascismo a la hora de determinar algunos rasgos de la cultura política italiana, dejando patente el carácter definitivamente no democrático de mucha ideología y praxis de izquierda, así como la dificultad de fundar en estas bases una nueva identidad nacional del país. Sobre estas cuestiones existe ya una amplia coincidencia de opiniones que en el futuro parece destinada a aumentar aún más. En el fondo, es esto lo que importa.